

1930
Junio.

SERVICIO DE PUBLICACIONES AGRÍCOLAS

Año XXIV.
Núm. 12.

Estas «Hojas» se remiten gratis a quien las pide.



MINISTERIO
DE ECONOMÍA

Hojas Divulgadoras

DIRECCIÓN GENERAL DE AGRICULTURA

Preparación y conservación de las pieles de conejo

No pretendemos que el cunicultor se transforme en curtidor o peletero; son oficios que no se improvisan y que requieren preparación y práctica; pero sí debe saber conservar las pieles de manera que no sufran deterioro alguno, para que puedan alcanzar la máxima cotización en el mercado peletero, sin que tampoco estorbe saber cómo se curten y preparan, por si se quiere arreglar alguna para su propio uso.

Manera de guardar las pieles.—En lugar de tirar la piel del conejo que se acaba de sacrificar o de pegarla a la pared o a una puerta, como con tanta frecuencia se hace en el campo, se seca y se guarda, porque la piel tiene, como ya tantas veces hemos dicho, un valor nada despreciable.

Con el fin de evitar el peligro de que el pelo se caiga, se rellenan las pieles obtenidas; este relleno se hace con paja o cualquier otro material parecido; otro procedimiento consiste en ponerlas tirantes, valiéndose de una varita delgada, y, por último, puede recurrirse a abrirlas, colocándolas extendidas y clavadas sobre una tabla.

La piel se vuelve del revés, de manera que el pelo quede hacia la parte de dentro, y se cortan las patas; entonces se procede al relleno, con paja bien fina, procurando que quede bien estirada; para ello, con una mano se sostiene la piel y con la otra van introduciéndose puñados de paja, que se llevan primero a todos los rincones y después a la caja del cuerpo, apretando el relleno hasta que se consiga la tirantez deseada. Si se observa que en la piel queda grasa o algún trocito de carne adherida, se quita con un cuchillo; la cabeza se corta también a ras

de las orejas. Si se ha de conservar algún tiempo, se fricciona con sal o una solución concentrada de ácido fénico; después se cuelga a la sombra, en sitio que corra bien el aire, y así se deja hasta que llega el momento de darle destino.

Para secar la piel sin rellenarla se recurre a unas varitas flexibles ahorquilladas, o bien se utiliza una varita más delgada, de la misma madera, que pueda doblarse, y que por su flexibilidad no se rompa y actúe como un resorte. Para esto sirven muy bien tanto el sauce como el avellano. Se eligen las varitas de una longitud tal, que, después de dobladas, resulten unos cinco centímetros más largas que la piel en que se han introducido. Esta se sostiene con la mano izquierda, de manera que la abertura quede en la parte alta, y con la derecha se introduce la varita, primero la parte curva, que se coloca lo más al fondo posible, y se deja en libertad; la piel queda tirante, y ya puede colgarse como en el caso anterior. En lugar de varita, puede emplearse también un extendedor metálico, como los que se emplean para los pantalones.

Otros cortan la piel por la región media del vientre, y después la ponen sobre una tabla, con el pelo hacia abajo; para extenderla se fija por medio de pequeñas tachas, que se colocan alternativamente a uno y otro lado, estirando siempre la piel conforme se van clavando.

Los tres procedimientos son buenos para conservar las pieles durante varios meses, siempre que se las tenga al aire y a la sombra y se hayan tratado por la sal o el ácido fénico. Sin embargo, para preparar la piel por el aceite, no sirven las pieles que se han cortado, y si se han de vender, los comerciantes prefieren las que se han extendido por medio de la varita, porque las rellenas de paja presentan el pelo enredado, además de que este relleno no da una tirantez perfecta, pues por bien que se haga, siempre quedan dobleces, de los que después se desprenden el pelo.

Preparación de las pieles. — Una vez secas las pieles, pueden curtirse o agamuzarse, para lo que existen diferentes procedimientos, aplicables unos a las pieles frescas y otros a las secas; vamos a describirlos sumariamente.

Ablandamiento de la piel. — La piel seca, después de haberle quitado las partículas de grasa o carne que pueda tener adheridas, queda en buena disposición para someterla al tratamiento por el aceite. Se la impregna por la parte de la piel, como es natural, con un aceite ordinario, sea el que quiera. Una vez bien impregnada, se aprieta con las manos vigorosamente,

como si se amasase, y después se la golpea con una maza de madera, especialmente en los puntos en que ofrezca más resistencia. Esta operación se practica durante algún tiempo y con fuerza, sin liarla hasta que esté completamente blanda.

Para impregnar bien de aceite la piel se la ha de someter a un tratamiento enérgico. Para ello se emplea una cuerda gruesa como un dedo y de unos 50 cm. de longitud, que por sus dos extremos se fija a un poste o a una pared, quedando entre ambos una distancia de 20 a 30 cm., formando una media circunferencia. Se vuelve a impregnar la piel de aceite, y se pasa por la lazada que forma la cuerda, de manera que aquélla roce con ésta; se la imprime un movimiento de vaivén, de manera que el frotamiento con la cuerda sea enérgico. La operación ha de practicarse con cuidado, para que todas las partes de la piel rocen con la cuerda y a todas ellas llegue el baño de aceite, que se va añadiendo constantemente mientras dura la operación.

Transcurrida media hora, poco más o menos, si se ha trabajado bien, quedará la piel suave y flexible como un trapo; se extiende entonces y se la moja con una esponja, envolviéndola en una tela gruesa. Pasadas doce horas, se la saca de la envoltura y se la corta de arriba abajo por la línea media del vientre. Esto es hablando en general, porque puede cortarse en la forma que parezca conveniente para el fin a que se destina. Se extiende sobre una mesa, con el pelo siempre hacia abajo, y con ayuda de un cuchillo se quita la membrana que la recubre. A esta operación se la denomina «descarnar». Si el trabajo se ha hecho bien, la piel resulta blanca.

Terminada de descarnar, se la vuelve a extender sobre la mesa y se la frota vigorosamente con yeso, primero por encima y después por debajo, hasta que queda seca, sin la menor señal de grasa, por pequeña que sea. En seguida se sacude con una varita flexible hasta que desaparezca todo el yeso y se termina brillantando el pelo, como después se dirá.

El baño de alumbre.—Aun reconociendo las ventajas del tratamiento de las pieles por el aceite, puede recurrirse sin inconveniente a uno de los procedimientos más antiguos y más conocidos. Se adapta muy bien a las pieles frescas procedentes de animales acabados de sacrificar. También puede aplicarse a las secas, pero para estas últimas es mejor el procedimiento del aceite, que acabamos de explicar.

Se quitan cabeza y patas y se coloca la piel durante veinticuatro horas, por lo menos, en un cacharro lleno de agua fresca y limpia. Con el fin de evitar el menor peligro de putrefac-

ción, se añaden al agua unas gotas de ácido fénico; esta adición de un antiséptico tiene la ventaja de permitir un retraso en la operación, caso de que se presente algún inconveniente.

Si la piel que se ha de trabajar está seca, se la tiene en el agua fría tanto tiempo como sea necesario para su completo reblandecimiento. Este proceso se facilita amasando o estrujando la piel dentro del agua para darle flexibilidad. Una vez en este estado, sean frescas o secas, están a punto para prepararse.

Se saca la piel del baño y se la deja escurrir durante unos minutos; se corta por la línea media del vientre y se extiende sobre una mesa con el pellejo hacia arriba. Entonces, con un cuchillo de mesa de hoja ancha se raspa cuidadosamente; se quitan las fibras, membranas y partículas de carne o grasa que hayan podido quedar adheridas, dejando tan sólo lo que verdaderamente constituye el pellejo del animal. Este raspado ha de ser enérgico, pero practicado con prudencia, porque un golpe mal dado podría producir una cicatriz muy difícil de corregir o disimular después.

En una vasija que pueda ponerse al fuego se pone la mezcla siguiente: seis litros de agua, 500 gramos de alumbre y 250 de sal; se hace hervir hasta que la disolución sea completa. Se remueve y se agita el líquido y se deposita en ella la piel inmediatamente después del raspado, cuando el agua esté todavía tibia. Si el líquido estuviera demasiado caliente, caería el pelo y se sacaría del agua una piel calva.

Durante un cuarto de hora largo se mueve la piel en el agua, oprimiéndola en todos sentidos, para que se impregne lo mejor y más rápidamente posible. Se la deja después reposar durante cinco horas, por lo menos, removiéndola de cuando en cuando; pasado este tiempo, queda en disposición de ser trabajada.

Se saca la piel del baño, sosteniéndola por la parte de la cabeza para que el pelo caiga en su sentido natural; se pasa la mano de arriba abajo, cogiendo toda la piel, para que la solución de alumbre escurra, y después se la retuerce como un trapo. Se pone la piel sobre un tablero bien extendida, con el pelo hacia abajo; el tablero ha de ser liso y estar limpio. Al mismo tiempo que se extiende, se sujeta con tachuelas, como antes se ha dicho, no clavando más de las necesarias y procurando que queden a la orilla, para no estropear la piel. Terminada esta operación, se coloca a la sombra, en un sitio bien ventilado.

Al día siguiente, o sea veinticuatro horas después, se quita la piel del tablero, se la estira en todos sentidos y se la vuelve a sujetar al tablero, clavada y estirada. Esta operación se repi-

te dos veces al día, hasta que se seque del todo, con el fin de obtener un cuero suave y flexible; si esta manera de operar parece engorrosa, se extiende la piel como una tela, sobre un soporte grueso, redondeado, con el pelo hacia abajo, y así puede estirarse fácilmente, hasta que quede bien seca.

Descengrasamiento y lustrado.—Una vez el cuero bien seco y suave, se procederá a la preparación del pelo. Se extiende la piel sobre el tablero, pero en este caso sin estirla; se espolvorea por encima con ceniza de leña seca y limpia, o mejor con yeso recocido y pulverizado, que es preferible, si puede encontrarse. Así se deja reposar durante veinticuatro horas. Después se procede a quitar las cenizas o el yeso, golpeando para ello vigorosamente el pelo con una varita flexible, hasta que haya desaparecido hasta la menor señal de las sustancias pulverulentas empleadas. Entonces se procede a frotar la piel con las manos, para suavizarla, procediendo de la misma manera que si se estuviese lavando ropa. Cuando se considera terminado el trabajo, es decir, cuando la suavidad del cuero es completa, se peina el pelo en su dirección natural. La operación ha terminado; no queda ya más que abrillantar el pelo. Si se quiere que el cuero sea todavía más suave y, sobre todo, de menor espesor, se frota con un trozo de piedra pómez hasta que quede bien blanco. Aunque esta operación no sea indispensable, hay que reconocer que da mayor ligereza a la piel.

Se pone la piel extendida sobre el tablero y se recubre con serrín de haya bien seco, y así se deja durante veinticuatro horas. Pasado este tiempo, se quita el serrín golpeando y sacudiendo vigorosamente. Se peina el pelo en sentido natural, y se frota, tanto como la paciencia del operador lo permita, con un trozo de tela de seda y siempre en dirección natural. De esta manera se consigue comunicar un hermoso brillo al pelo, lo que da a la piel un aspecto especial. Así se prepara una piel de conejo, de liebre, de zorro, etc., y se conserva indefinidamente.

Lo que determina la calidad del trabajo es la manera como se ejecuta. Si se procede con negligencia, nada bueno se conseguirá; pasado algún tiempo, el pelo caerá y quedará tan sólo el pellejo desnudo. Hay que ser meticulado y tener paciencia, siguiendo punto por punto todas las instrucciones que hemos dado, y se conseguirá disponer de hermosas pieles que valdrán dinero y constituirán un ingreso importantísimo para el conejero, porque, una vez preparadas, entran ya en el dominio de la costura o del peletero, y todos sabemos los elevadísimos precios que las pieles alcanzan.

Meteorización de los conejos.

Un buen remedio.—El carbón vegetal.

Para ciertas enfermedades de las gallinas se recomienda el empleo del carbón vegetal, y su uso se ha generalizado tanto, que no se encuentra fórmula alguna de mezcla seca o de amasijo en la que falte. Para los conejos resulta igualmente beneficioso en la hinchazón del vientre o entripamiento, por su poder absorbente de los gases. Es un desinfectante del tubo digestivo muy eficaz, que absorbe los gases producidos por las fermentaciones intestinales, debidas, principalmente, a la ingestión de forrajes mojados y fermentados, causa de la meteorización, que con tanta frecuencia resulta mortal.

Lo mejor es dar al conejo hierba seca, pero no hay inconveniente el darla mojada por la lluvia, si se acaba de recoger; ahora bien, si se conserva amontonada y empieza a fermentar, no debe en manera alguna dársele.

Cuando se nota que los excrementos son blandos, se da a los conejos proporción de dos terceras partes por una; este ablandamiento de los excrementos es la señal de que se aproxima la hinchazón del vientre. El carbón ha de estar finísimamente molido, el conejo lo come sin dificultad, y a los pocos días vuelve el apetito y el peligro desaparece.

El carbón es un remedio sencillo, que no debe faltar nunca en el conejar ni en el gallinero.

Hidropesía del conejo.

Humedad en el conejar y alimentación excesivamente acuosa son causas determinantes de la hidropesía; de manera que si el conejar es seco y la alimentación tiene únicamente la humedad conveniente, será muy difícil que se produzca esta enfermedad.

Cuando se presenta algún caso y está todavía en sus comienzos, pueden detenerse sus progresos con una alimentación seca, a la que se añaden algunas ramas de sauce o de espino; pero, en general, los ejemplares que han sufrido esta enfermedad, por bien curados que queden, no se desarrollan bien, y no dan, por tanto, un buen producto.

Las abejas y la fecundación de las plantas

No es un caso extraño que el cultivo de una planta tenga como fin principal la producción de semillas. Así sucede con todas las especies de cereales, excepto cuando son empleadas como forrajes verdes.

El principio fundamental de la formación de semillas reside en la fecundación. El órgano hembra de la planta, el pistilo, contiene en su extremidad inferior un ovario, en el cual se forma un óvulo.

Los gránulos de polvo fecundante formados en la antera de los órganos sexuales masculinos (estambres) vienen a establecerse en la extremidad superior del pistilo (estigma), desde donde uno de entre ellos penetra por la parte media del órgano femenino (estilo) hasta el ovario y fecunda el óvulo.

La diseminación del polen es en muchos casos indispensable para la fructificación, pues si bien hay flores que poseen a la vez órganos masculinos y femeninos, existen otras que no contienen más que uno solo de estos dos órganos, que se llaman por esta causa «flores unisexuadas».

La fecundación, pues, no es posible más que cuando el polen es transportado de las flores masculinas a las femeninas.

El polen se disemina por la intervención del hombre, del viento y de los insectos, siendo este último factor, con mucho, el más importante. Algunos botánicos afirman que el 91 por 100 de los vegetales son fecundados por mediación de los insectos, y que de este 91 por 100, el 85 corresponde a las abejas.

¿Cómo tiene lugar la diseminación del polen?

Durante el período de actividad, las abejas obreras recogen grandes cantidades de néctar que encuentran en la base de los órganos florales, sirviéndoles admirablemente sus mandíbulas para llevar a cabo este trabajo. El chupador contiene una lengua muy larga y flexible, que puede contraerse o alargarse y que se mueve dentro de una especie de tubo que ayuda a las abejas a chupar el néctar.

Si las mandíbulas sirven perfectamente para la succión, el revestido de su cuerpo favorece en igual medida la diseminación del polen, de suerte que las dos operaciones pueden hacerse simultáneamente.

Cuando la obrera en busca de botín se posa sobre una flor con las anteras abiertas, alarga la lengua para lamer las gotas de néctar; pero, al propio tiempo, un gran número de granos de polen queda adherido al cuerpo, cubierto de pelos. Como el néctar chupado es depositado en la bolsa para miel, no necesita la abeja obrera volar y volver a volar sin descanso de la colmena a las flores; abandona una flor en cuanto ha succionado el néctar, para posarse inmediatamente en otra. De este modo, el polen se desplaza y llega a veces a depositarse sobre el estigma del órgano femenino. Si todas las condiciones de germinación se cumplen, el grano de polen germina, forma un tubo, penetrando en el ovario y yendo hasta el óvulo, para permitir la fecundación. Como la obrera visita durante el mayor tiempo posible las flores de una misma especie, aparece como mediadora en la obra de la fecundación; lleva consigo incesantemente polen para depositarlo sobre otra flor y hacer posible la fructificación.

La importancia de este transporte de polen es grandísima. Admitiendo que cada abeja obrera visita diariamente 2.000 flores y que el número de obreras que diariamente también sale de la colmena es de 10.000, resulta que las flores visitadas ascienden a 20 millones, y si por cada 10 flores visitadas por las abejas, calculamos que una sola de ellas queda fecundada, obtenemos como conclusión que una colmena puede ayudar diariamente a la fructificación de dos millones de flores.

Darwin ha estudiado la influencia favorable de la diseminación del polen por las abejas en la producción de las semillas de trébol blanco. Veinte plantas en plena floración que fueron visitadas por las abejas produjeron 2.290 semillas, mientras que de otras veinte, que por una fina red se hicieron innaccessibles a los insectos, las dos terceras partes quedaron sin fecundar.

Esta intervención favorable ha sido aprovechada por los cultivadores prácticos. Aquellos que desean cosechar semillas de trébol violeta utilizan con este objeto el segundo corte, porque en esta época hay más insectos y la producción de dichas semillas es, generalmente, mayor.

En Australia, donde antes era imposible producir semillas de trébol, la situación ha cambiado totalmente desde que tuvo lugar la importación de las abejas. Lo mismo ha sucedido en California con respecto a los albaricoques y melocotones. En América, casi todos los cultivadores son apicultores.